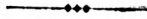


LA

# MUJER CIENTIFICA



DOLORES CORREA ZAPATA.



MÉXICO

**EDUARDO DUBLAN Y COMP. IMPRESORES**

Coliseo Viejo, bajos de la Gran Sociedad

—  
1886



## CANTO PRIMERO

---

Quince años cuenta la gentil María,  
Y ya su frente virginal empaña  
Algo como la sombra oscura y triste  
De hondos pesares que en el pecho guarda.  
No es del amor envenenado dardo  
El que su jóven corazon traspasa,  
Ni hay en su alma virginal y pura  
Un mal recuerdo de su edad pasada.  
Siendo el tesoro de su hogar más caro,  
Ella es la rosa perfumada y blanca  
Que á los halagos del amor materno  
Suave perfume en su redor exhala.  
¿Por qué, entónces, sus labios ya no ríen  
Con la alegre sonrisa de la infancia,  
Ni sus mejillas pálidas coloran  
Las frescas rosas de su edad temprana?  
¿Por qué su boca juvenil se pliega  
Con la expresion de una sonrisa amarga?  
¿Por qué pierde el encanto de sus ojos

Al sombrío fulgor de su mirada?  
 ¿Por qué su cuello de jazmin se dobla?  
 ¿Por qué se inclina su cabeza lánguida,  
 Como al calor de riguroso estío  
 Dobla su tallo la azucena blanca?  
 Pobre mujer, para soñar nacida,  
 Angel precioso de ligeras alas,  
 Tocó la triste realidad con ellas,  
 Y al levantarse las halló pesadas. . . .!!  
 Al desplegarse los azules velos  
 Que cobijan los sueños de la infancia,  
 Vió dibujarse los contornos vagos  
 Del horizonte que soñara su alma:  
 Bocetos de visiones vagarosos,  
 Perfiles de bellísimos fantasmas,  
 Contornos deavecillas y de flores,  
 Murmullos de caricias y plegarias,  
 Todo un mundo de luz y de armonía,  
 Todo el cielo forjado por una alma,  
 Que se inspira tan solo en el recuerdo  
 De su grata niñez, serena y cándida,  
 Y sus cuadros hermosos ilumina  
 Con la luz y el color de su alborada.  
 Y al reclamarle al mundo la promesa  
 Que le fingió la voz de su esperanza,  
 Al vivo resplandor que despedía  
 La luz que su interior iluminaba,  
 Vió flotar en las sombras del vacío  
 El abismo infinito de la nada. . . . .  
 . . . . .

Mas como el alma femenil parece  
 Rueda movable de incansable máquina,  
 Que obedeciendo en incesante giro  
 A los impulsos de una fuerza extraña,

Busca al girar un invisible objeto  
 En que dejar su actividad empleada,  
 Así el exceso de alma de María,  
 Que por emplear su actividad batalla,  
 "No he de vivir en la inaccion, se dijo,  
 Porque la estrella de mi fé se apaga.  
 Si en la hermosa region del sentimiento  
 Que mi destino de mujer marcara  
 Se dobló marchitándose el capullo  
 De la pálida flor de mi esperanza,  
 Es preciso buscar por otra senda  
 Otro sol y otro cielo para mi alma!  
 ¿Quién ha dicho que al hombre solo es dado  
 Cruzar la senda de la ciencia vasta,  
 Para regar despues en su camino  
 La luz fulgente que la ciencia mana?  
 ¿Por qué no tiene la mujer derecho  
 De abarcar con la luz de su mirada  
 Los misterios que al sabio se revelan  
 Y al ignorante la creacion le guarda?  
 Dios hizo al hombre, se repite el hombre,  
 Para amar y servir la soberana  
 Causa primera que los mundos rige,  
 Al Gran Autor de la creacion humana;  
 ¿No dijo Dios tambien: yo doy al hombre  
 Otro sér de su sér, alma de su alma,  
 De su misma costilla la he formado,  
 Compañera le doy, y no vasalla;  
 Que rija el hombre, que domine el mundo,  
 Y que con ella sus dominios parta?  
 Amar á Dios es el deber primero  
 Que á respetar la religion nos manda;  
 Y entre los seres que la tierra pueblan,  
 ¿Quién puede ser el que mejor le ama?

¿El ignorante que á su Dios ignora,  
 O el que sabe admirar sus obras magnas?  
 ¿No ha dicho el hombre á la mujer, sé buena,  
 Porque en tí es la bondad encanto y gracia,  
 Derrama entre los tristes el consuelo,  
 Enjuga con tus manos nuestras lágrimas,  
 Sé más fuerte que yo, para ser buena,  
 Ve tu debilidad en tu ignorancia,  
 Hé ahí la senda de la ciencia, síguela,  
 Porque el saber con la virtud se hermana?  
 Si perdió el corazon desfallecido  
 De su propia ventura la esperanza,  
 Hoy con la fé de la ventura ajena  
 A luchar valeroso se levanta;  
 Y si no goza el bien que se recoge,  
 Gozará con el bien que se derrama.”  
 Y como el fuerte gladiador que emprende  
 Despues de una batalla otra batalla,  
 Tomando por escudo su conciencia,  
 Y su sublime abnegacion por armas,  
 Quiso hacer de la niña soñadora  
 La mujer por la ciencia trasformada,  
 Que por hacerse buena se hace fuerte,  
 Y para hacerse fuerte se hace sábia. . . .  
 ¡Pobre mujer para soñar nacida!  
 Creyendo que sus sueños abjuraba,  
 Su fantástico mundo de quimeras,  
 Cambiando por un mundo de fantasmas,  
 De su sed insaciable perseguida,  
 Por su mismo deseo alucinada,  
 Tomando por oasis los mirajes  
 Que en el desierto de la vida vagan,  
 Al erial de la ciencia le pedia  
 El rico manantial que ambicionaba. . . .

Ignoraba la cándida María  
Que del mundo el inmenso panorama  
A través del anteojo de la ciencia,  
Solo tristeza y desencantos guarda.  
Que es á veces la ciencia microscopio  
Que suele descubrir á las miradas  
Tan horribles fealdades de las cosas,  
Que la razon y la conciencia empañan.  
Por eso cuando supo que ese cielo  
Que por alfombra del Señor tomaba,  
Ni era alfombra de Dios, ni de los ángeles,  
Ni de oro, ni de rosas, ni de nada;  
Y cuando supo que en la tierra habia  
Otras mil cosas que la vista halagan,  
Que fascinan y atraen desde léjos,  
Y que nunca se tocan ni se alcanzan;  
Y cuando llena de insensato orgullo,  
Fué de la Historia á recorrer las páginas,  
Para ver si aprendia de memoria  
Los grandes hechos de la raza humana,  
Y en lugar de grandezas vió ruindades,  
Y en todas partes crímenes y lágrimas,  
Sintió que del dolor entre las sombras  
Se iba envolviendo el corazon y el alma;  
Fué perdiendo el encanto de sus ojos  
Al sombrío fulgor de su mirada,  
Se plegaron sus labios juveniles  
Con la expresion de una tristeza amarga  
Y dobló melancólica la frente  
De ideas calcinantes abrumada . . . . .

---

## CANTO SEGUNDO.

Dejando siempre su paso  
Marcado con doble estela,  
Cual monstruo alado que vuela  
Rozando apénas el mar;  
Va un vapor entre las olas  
Arcos de espuma dejando,  
Y arcos de humo vagando  
Deja en el aire al pasar.

Allá donde el mar se junta  
Con el límite del cielo,  
Va de las nieblas el velo  
Rasgando suave fulgor.  
Y saliendo de las olas  
Un gran globo de topacio  
Arden el mar y el espacio  
Con vívido resplandor.

Cuando el buque á toda prisa  
De nuestra patria se aleja,  
Y hácia el hogar que se deja  
El pensamiento se va,  
Ni tiene el mar atractivo  
Ni hay en los cielos encanto,  
Porque la sombra del llanto  
En nuestros ojos está,



Por eso aunque iba á lo léjos  
 Disipándose la bruma,  
 Y en cada riza de espuma  
 Chispeaba un rayo de Sol,  
 Y de las límpidas olas  
 En los movibles espejos  
 Ponia el Cielo reflejos  
 De topacio y arrebol,

Sin ver del mundo visible  
 Aquellos cuadros risueños,  
 En el mundo de los sueños  
 Fijos los ojos no más;  
 Con la mirada impasible  
 Perdida allá entre la bruma,  
 Mirando sin ver la espuma  
 Que iba quedando detrás;

Miéntas el buque seguia  
 Surcando siempre las olas,  
 El alma surcaba á solas  
 De sus recuerdos el mar;  
 Cuando de pronto un murmullo  
 Alzándose de improviso,  
 De sus ensueños la hizo  
 De súbito despertar.

Volviendo entónces inquieta  
 Los ojos en torno mio,  
 A la popa del navio  
 Ví ligeros acudir  
 Hombres, niños, y mujeres  
 Que fijándose en un punto,  
 Todos sobre el mismo asunto  
 Parecian discutir.

Cual si estuvieran mirando  
Alguna cosa muy rara,  
Expresaban en la cara  
Creciente curiosidad.  
Y en su avidez de mirarla  
Teniendo en poco los ojos,  
Le asestaban los anteojos  
Con igual tenacidad.

Ocupándose sin duda  
Del objeto que miraban  
Con calor gesticulaban  
Al expresar su opinion.  
Y juzgué que algun objeto  
Ridículo ó repugnante  
Debió ser el que un instante  
Llamó tanto su atencion.

Pues miéntras ellos veian  
Con un aire de estrañeza,  
Yo pude ver con sorpresa,  
Al observarlos tambien,  
Que se reian, cesando  
De mirar en su entusiasmo,  
Las mujeres con sarcasmo  
Y los hombres con desden.

Y apresurándose luego  
A alejarse con desvío,  
Fueron dejando un vacío  
Que me dejó ver al fin  
Aquel objeto tan raro,  
Causa para aquellas gentes  
De impresiones diferentes  
A la que produjo en mí.

En la proa del navío,  
 Más que indiferente, inerme,  
 En la actitud del que duerme  
 Cansado por largo afán,  
 Apareció ante mis ojos  
 La forma de un sér humano:  
 ¿Era hombre? ¿Mujer? En vano  
 Miré su traje y su faz.

Era aquel una ancha túnica  
 Desceñida á la cintura,  
 De tela burda y oscura  
 Que ya el tiempo destintó;  
 Su cabellera cortada  
 Tocaba apénas el cuello  
 Que del Sol fuerte destello  
 La blancura le robó;

La palidez de su frente  
 Por mil arrugas surcada,  
 De una alma enferma, angustiada,  
 Revela acerbo dolor;  
 En sus apagados ojos  
 Entrecerrados ó bajos,  
 Se adivinan los trabajos  
 Que gastaron su fulgor.

Aunque á su rostro le queda  
 De juventud el encanto,  
 Se ven las huellas del llanto  
 Que su mejilla surcó.  
 En el gesto de su boca  
 Que el dolor ha contraído,  
 Creí ver como el gemido  
 Que sus labios marchitó.

Su cabeza doblegada  
 Con profundo desaliento,  
 Y el color amarillento  
 Y enfermizo de su tez,  
 Revelaron á mi alma  
 A la mísera criatura  
 Que la copa de amargura  
 Ha apurado hasta la hez.

A mil tristes reflexiones  
 Se entregaba el pensamiento,  
 Cuando á mí, con paso lento,  
 Un anciano se acercó.  
 Y fijando en mi semblante  
 Su mirada bondadosa,  
 Con voz dulce y cariñosa  
 A decirme comenzó:

Tú que pasas por el mundo  
 Repitiendo en tus cantares  
 Las angustias y pesares  
 Que en tu senda hallando vas,  
 De ese sér que allí contemplas  
 Oye y canta tú la historia  
 Y en el libro de la gloria  
 Tú su nombre grabarás....

—Decidme, pues, noble anciano,  
 Le interrumpí sorprendida,  
 ¿Sabeis la historia, la vida  
 De aqueste sér infeliz?  
 ¿Por qué la gente al mirarle  
 Le desprecia ó burla? ¿acaso  
 Es un ladron, un payaso  
 O alguna ramera vil?

¿Tal vez algun anatema  
 Pesa sobre su conciencia  
 Cuando arrastra su existencia  
 En tan triste soledad?  
 ¿Es ese sér desgraciado  
 Un hombre que ha delinquido  
 O una mujer que ha perdido  
 Su belleza en la maldad?—

—Ese sér infeliz de faz sombría  
 Que siendo objeto de irrisión se ve  
 Es un sér bello, como tú, hija mia,  
 Que lleva el nombre de mujer tambien.  
 Sér de alma noble y generosa, ella  
 Como mujer con el amor soñó,  
 Y al ver tronchada su ilusion más bella  
 En aras de la ciencia se inmoló.  
 Yo guardo aquí como reliquia santa  
 Su sincera y humilde confesion:  
 Lee, medita, y con respeto canta  
 La historia de ese noble corazon.

—“ Señor, del fantasma aquel  
 Que forjó mi fantasía  
 Creí encontrar un dia  
 Copiada la imágen fiel;  
 Mas al acercarme á él  
 Bebí en sus ojos veneno,  
 Porque en vez de mi ángel bueno,  
 Hallé con dolor profundo  
 Que era un sér de lodo inmundo  
 Con alma de impuro cieno.

Vos no sabeis, padre mio,  
 Lo que siente el corazon

Cuando rueda su ilusion  
En las sombras del vacío;  
Intenso y horrible hastío  
Invade entónces el pecho,  
Y de impotente despecho  
El llanto que vierte el alma  
Deja el corazon sin calma  
En lava letal deshecho.

Pierde la vida su encanto,  
El mundo queda desierto,  
Y todo parece muerto  
Tras de las nieblas del llanto.  
El melancólico manto  
Del dolor, es un sudario,  
Que cambia en fúnebre osario  
La tierra que al alma cansa,  
Pues no brilla una esperanza  
De la vida en el calvario.

Con los ojos empañados  
Por las sombras del pesar,  
Busqué en torno de mi hogar  
Mis afectos olvidados.  
Allí con nuevos cuidados  
Cambié mi dolor sentido,  
Pues pronto en mi hogar querido  
Se hizo mi vida más séria,  
Al mirar que la miseria  
Le escogió para su nido.

Eran mis padres ancianos,  
Eran mis hermanos niños,  
Y fueron nuestros cariños  
Y nuestros esfuerzos vanos

Contra los golpes tiranos  
Del inhumano destino,  
Que puso en nuestro camino  
Las espinas con abrojos  
Y las sombras en los ojos  
Del que pobre al mundo vino.

Hallando entónces pequeños  
Mis juveniles pesares,  
Pensando en nuevos azares  
Olvidé mis locos sueños  
Y de horizontes risueños  
Soñé conquistar la palma,  
Haciendo dichosa mi alma  
Con esa dicha serena  
Que da con la dicha ajena  
Hermosas horas de calma.

Ser el sostén poderoso  
De mi familia querida,  
Era el más dulce y hermoso  
Grato sueño de mi vida.  
A la humanidad unida  
Con un lazo puro y santo,  
Vivir enjugando el llanto,  
Verter el bien, la ventura,  
Era la ilusion más pura  
Que diera á mi vida encanto.

Mas siendo débil mujer  
Hallé mi fuerza tan poca,  
Que soñé en mi audacia loca  
Del hombre con el poder;  
Creí verle en su saber,  
Y alumbrando mi conciencia

Con el fulgor de la ciencia,  
Hallé la clave segura  
De derramar la ventura  
Haciendo útil mi existencia.

¡Ay, señor! Yo no sabia  
Que ese don precioso y bello,  
De Dios divino destello  
Que llaman sabiduría;  
Don de preciosa valía  
Que es del hombre el mejor don,  
Fuera en la mujer baldon,  
Como un estigma maldito  
Que deja pronto marchito  
Su sensible corazón.

¡Pobre de mí! Generosa,  
Brindé mi sangre, mi vida,  
Y como ofrenda ofrecida  
En mi vía dolorosa,  
Me hice á los hombres odiosa,  
De las mujeres odiada,  
Y fui tal vez envidiada  
Por ceñirme esa corona,  
Que ni el hombre me perdona  
Ni es por ellas perdonada.

Ni la dulce caridad  
Iluminó mi sendero,  
Pues no por ganar dinero  
Sino perdiendo bondad,  
Pronto quedé en la orfandad;  
Por curar males ajenos  
Llevé el contagio á los buenos,  
Y fué tan dura mi suerte



Que brindé solo la muerte  
En vez de días serenos.

¡Perdonadme, padre mio!  
Lo confieso con rubor,  
Fué tan grande mi dolor,  
Fué tan inmenso mi hastío,  
Que en el profundo vacío  
De un doloroso aislamiento,  
Solo tuve un sentimiento:  
Un odio grande y profundo,  
Odio contra todo el mundo  
Que enlutó mi pensamiento.

Y tanto á odiar aprendí,  
Tanto la desgracia abisma,  
Que llegué á odiarme á mí misma,  
Y tanto en odiarme dí,  
Que concluir decidí  
Con una existencia odiosa  
Que no puede ser dichosa  
Al ver que en mal se convierte  
El bien que en el mundo vierte  
Con profusion generosa.

Mas tendiendo en lontananza  
Su luz funesta y sombría,  
Surgió en el alma mia  
La idea de la venganza,  
Y viví con la esperanza  
De ir ostentando ante el mundo  
El antro oscuro y profundo  
De un corazon que era bueno  
Y que del mundo en el cieno  
Se volvió de cieno inmundo.

Quise ante el mundo arrastrar  
 Mi existencia desgraciada  
 Para que mi alma ulcerada  
 La sociedad al mirar,  
 Se llegara á horrorizar  
 Al ver sangrando la herida,  
 Que como el pueblo Deicida  
 Regaló al mismo Jesus,  
 Regala con una cruz  
 A quien le ofrece su vida.

Y como es en la existencia  
 Necesaria una ilusion,  
 Y no la halló el corazon  
 Ni en el amor ni en la ciencia,  
 Ahogando con mi conciencia  
 Afectos y sentimiento,  
 Quise dar á mi alma aliento,  
 Y con lazo duro y fuerte  
 Atarle al mundo de suerte  
 Que hallara en vivir contento.

Hice á mi alma comprender  
 Que el amor con que delira  
 Es una hermosa mentira,  
 Y una mentira el saber,  
 Y que solo llega á ser  
 En este mundo, dichoso  
 Quien tiene el sueño ambicioso  
 De ser dueño de un tesoro,  
 Y cifra en guardar su oro  
 El placer más delicioso.

Sabiendo por experiencia  
 Que nada por dar obtiene

Quien da todo lo que tiene  
 Decidí hacer de mi ciencia  
 Objeto de utilidad,  
 No en bien de la humanidad  
 Sino en bien de mi persona,  
 Ni por ganar más corona  
 Que la que el oro nos da.

Y como jamás ha habido  
 Quien rey en su tierra sea,  
 Para realizar mi idea  
 Dejé mi país querido,  
 Do el celo envidioso unido  
 A la negra ingratitud,  
 Sin comprender la virtud  
 De un corazón noble y bueno,  
 Le acusó de dar veneno  
 Cuando daba la salud.

Como mísero mendigo  
 Que pide de puerta en puerta,  
 Sin ver una mano abierta,  
 Sin hallar un rostro amigo,  
 Pongo al cielo por testigo,  
 Que con tesón sin igual  
 Ofrecí en mi país natal  
 Los frutos de mi experiencia,  
 Y que desechó mi ciencia  
 Como venero del mal.

Cruzando lejanos mares  
 Recorrí países extraños,  
 Y trascurrieron mis años  
 Probando nuevos azares;  
 Léjos de mis patrios lares

Sin cuidados y sin penas,  
De las costumbres ajenas  
Aprendí á llevar el yugo,  
Que ver en ellas me plugo  
Del ilota las cadenas.

De cuanto amé desprendida  
Cruzó mi existencia sola,  
Como solitaria ola  
Que cruza en el mar perdida;  
Y concretando mi vida  
A ganar oro y más oro,  
Perdí conciencia y decoro,  
Pues ya sin dolor ni pena  
Miré la desgracia ajena  
Que aumentaba mi tesoro.

Y cuando era tan risueño  
Mi rico sueño de oro,  
Que superó mi tesoro  
A la ambicion de mi sueño,  
Mostró el destino su empeño  
De herirme hasta en mi avaricia,  
Pues se apropió la malicia  
De un sirviente, con amañios,  
Del oro que en muchos años  
Acumuló mi codicia.

Aquel golpe fué tan rudo,  
Que doblégó la materia:  
Sin hallar en la miseria  
Ni un amigo ni un escudo,  
Quiso el destino sañudo  
Que enferma, desamparada,

Me viera yo precisada  
A acudir á un hospital,  
Como conclusion fatal  
De mi penosa jornada.

Oprimiendo contra el pecho  
Del corazon los latidos,  
Oí los tristes gemidos  
Y las quejas de despecho  
Que desde su triste lecho  
Pobres seres sin consuelo,  
Sin encontrar en el suelo  
Ni un consuelo á su dolor,  
Acusaban de rigor  
Y de inclemencias al Cielo.

Al oír de ajenos labios  
Aquellas quejas amargas,  
Me acordé en mis horas largas  
De los pasados agravios  
Con que los designios sabios  
De Dios, juzgando atrevida,  
Protesté con frente erguida  
Contra la Tierra y el Cielo,  
Porque llenaron de duelo  
El sendero de mi vida.

Y al mirar ante mis ojos  
Como un ángel bueno y santo,  
Envuelta en su blanco manto,  
Junto á mi lecho de hinojos,  
Mitigando mis enojos  
Con palabras de bondad,  
A esa que de caridad  
Los hombres llaman hermana,

Y que es de la gloria humana  
La más honrosa verdad;

De vergüenza y de rubor  
Se tiñeron mis mejillas,  
Y sentí que de rodillas  
Se alza mi alma ante el Criador,  
Que si nos legó el dolor  
Como bautismo del alma,  
Nos legó la mejor palma  
Del dolor en el bautismo,  
Si sabemos como él mismo  
Sufrir el dolor con calma.

Aquella mujer tan buena  
Que como un ángel del Cielo  
Llevó á mi alma el consuelo;  
Al mitigar mi honda pena,  
De santa abnegacion llena,  
Fué mi ángel de redencion,  
Pues abrió en mi corazon  
Nuevas fuentes de ventura,  
Con su ejemplo de dulzura,  
De indulgencia y de perdon.

Hoy que con calma analizo  
De mi pasado la historia,  
Creo que el amor á la gloria  
Amar la ciencia me hizo;  
Y al mirar mi paraíso  
En infierno trasformado,  
Del orgullo castigado  
Hallo una leccion severa,  
Pues siempre al hombre le espera  
La pena tras el pecado.—

—Vos lo sabeis, señor,  
 El alma mia  
 Llena de sombras enlutada está,  
 Y en el lento dolor de mi agonía  
 A nada aspiro en este mundo ya.  
 Mas resignada y con paciencia espero  
 A que Dios ponga á mi existencia fin,  
 Y aunque sienta viviendo que me muero,  
 Sé que debo muriéndome vivir,  
 Sé que el mundo arrojando en mi camino  
 Va sarcasmos, desprecios y desden;  
 Mas yo en cambio sus sendas ilumino  
 Con la luz de las ciencias y del bien;  
 Que si á veces altiva me revelo  
 Contra el mundo que hiere el corazon,  
 De aquel ángel bendito de consuelo  
 El recuerdo me inspira en el perdon.  
 Y pues la santa religion cristiana  
 Fuerzas á mi alma vacilante da,  
 Voy de un convento á constituirme hermana  
 Do implorando y haciendo caridad,  
 Humilde pase la doliente vida  
 Que el llanto del amor acibaró,  
 Y de la ciencia por la luz atraida  
 En su llama candente se agostó.  
 La atmósfera purísima y bendita  
 Del bien, de la piedad y la virtud,  
 Tal vez á mi alma de dolor marchita  
 Le devuelva el aliento, la salud.  
 Acaso como gotas de rocío  
 Sienta caer el marchito corazon  
 Al elevar el pensamiento mio  
 En éxtasis de férvida oracion.—”

—Así decia el papel  
 Que el anciano me alargó,  
 Y del cual conservo yo  
 Guardada la copia fiel.  
 Y al darle el original  
 De tan rara confesion,  
 Me atreví á la indicacion  
 Del anciano replicar:

Decís, señor, que cantando  
 De *la Médica* la historia  
 En el libro de la gloria  
 Puedo su nombre grabar;  
 Perdonadme si ilusoria  
 Encuentro vuestra esperanza;  
 Cuanto esta *Médica* alcanza  
 Lo acabais de presenciar,

Mas si es inútil mi canto,  
 Para levantar el nombre  
 De la que pretende al hombre  
 Igualarse en el saber;  
 Vos que sabeis, noble anciano,  
 Que el bien con el bien se labra,  
 Podcis con vuestra palabra  
 Redimir á la mujer:

Teneis la tribuna santa  
 Que os quiso legar el Cielo  
 Para descorrer el velo  
 Que envuelve á la humanidad:  
 Decid al hombre que fije  
 Atento, en bien de sí mismo,  
 La mirada en ese abismo  
 Que se llama sociedad,



Donde trayendo consigo  
 La ignorancia á la impotencia,  
 Hundidas en la indigencia  
 Tantas mujeres se ven,  
 Y donde tantas se cansan  
 De ofrecer su ciencia en vano,  
 Y en vez de darles la mano  
 Les dan sarcasmos, desden.

Y así los hombres se quejan  
 De hallar el mundo poblado  
 De mujeres que han faltado  
 A su propia dignidad.  
 Si halla la que es ignorante  
 La miseria por herencia,  
 Y si á la mujer la ciencia  
 Solo pesares le da,

Es natural que cansada  
 De luchar con su destino,  
 Se lance al fin al camino  
 Que es más fácil de seguir.  
 Si ve cerrada la senda  
 De la honradez, y florida  
 Halla la que la convida  
 Con falso encanto á reir;

¿Cómo quieren que prefiera  
 Vivir hundida en el llanto,  
 Si el hombre tan solo encanto  
 En el mal sabe ofrecer?  
 Es natural que se canse  
 De la virtud que desprecian,  
 Si ve que solo la aprecian  
 Cuando falta á su deber.—

—Bien comprendo tus razones,  
 Me replicó el noble anciano;  
 Mas temo que será vano  
 Cuanto digamos tú y yo.  
 Dice á la mujer el hombre:  
 “Vé del progreso en la vía;”  
 Mas lo dice en la teoría,  
 Pero en la práctica no.

Comprende que ella es la base  
 De la sociedad entera,  
 Pues madre y esposa impera  
 Del hombre en el corazón;  
 Mas olvida que es él mismo  
 El que levanta esa base  
 Y que es ser como la hace  
 Necesaria condición.

Por satisfacer su orgullo  
 La ha formado de tal modo,  
 Que solo en él halle todo:  
 Apoyo, fuerza, sostén.  
 Luego si falta de apoyo,  
 Se desploma en el abismo,  
 La culpa la tiene él mismo  
 Que no la sostiene bien.

Dice que ella es la que guía  
 Del mundo por el camino,  
 Que ella es quien guarda el destino  
 Del hombre en el corazón;  
 Y dizque marca una senda  
 De negras sombras cubierta;  
 Y él es quien cierra la puerta,  
 Y quiere que alumbre el sol.

Si al formar el santo lazo  
 Que une dos almas en una,  
 No lo formara ninguna  
 Tan solo por interes;  
 No existieran esos seres  
 Que encuentra á su paso el hombre  
 Indignos del santo nombre  
 De esposa, ni aun de mujer.

Mas como el hombre la obliga  
 A no bastarse á sí sola  
 Inmola al hombre y se inmola  
 Mintiendo virtud y amor.  
 El dia que ya no sea  
 El saber para ella vano  
 Jamás brindará su mano  
 Si no da su corazon.

Es para mí interminable  
 El asunto de que hablamos;  
 Pero ya el puerto avistamos  
 Y es forzoso terminar.  
 Echan el ancla, llegamos;  
 Ya todo el mundo se alista,  
 Vamos pasando revista  
 De los que van á saltar.

Hé allí una jóven que pasa  
 En un anciano apoyada:  
 ¡Qué desdeñosa mirada  
 A la *Médica* le da!  
 Es la mirada del viejo  
 Estúpida, aguardentosa,  
 Pero ella cstenta orgullosa  
 Un marido con caudal.

Le sigue una linda jóven,  
 Dejando la infancia apénas,  
 En cuyas azules venas  
 La sangre noble se ve.  
 Le toma con negligencia  
 Su blanco, torneado brazo  
 Un ordinario negrazo  
 Que más negra que su tez

Parece tener el alma  
 Que se mira retratada  
 En su espantosa mirada  
 De repugnante expresion.  
 Parece que entre esos seres  
 Debe mediar un abismo,  
 Mas los funde en uno mismo  
 Del siglo la condicion.

La condicion de este siglo  
 Que de las luces se nombra,  
 Y deja á la oscura sombra  
 Condenada á la mujer,  
 Dando esos tristes ejemplos  
 Que palpamos en el dia:  
 Que es la mujer mercancia  
 Y el hombre su mercader.

—Miéntras que yo al sacerdote  
 Con atencion escuchaba,  
 Uno por uno miraba  
 Los pasajeros saltar.  
 El gentío bullicioso  
 Que los muelles invadia  
 Impaciente parecia  
 Caros seres esperar.

Allí cada pasajero  
 Iba encontrando á su paso  
 Un tierno beso, un abrazo,  
 Un saludo de amistad.  
 Entretanto de la *Médica*  
 Ví la mirada sombría,  
 Que con dolor se perdía  
 Del mar en la inmensidad.

Derramando esa ventura  
 Dulce, apacible y modesta,  
 Que solo el amor le presta  
 A quien lo sabe sentir;  
 Guiada por el sentimiento  
 Que impera en una alma bella,  
 Se detuvo junto á ella  
 Una pareja feliz.

Y me complací mirando  
 El empeño generoso  
 Con que á su bote espacioso  
 La condujeron los dos.  
 Y al perderse allá á lo léjos  
 Del bote la vela blanca,  
 Se arrancó, como se arranca  
 El alma que va hasta Dios,

De los labios del anciano,  
 Que ví de pronto de hinojos,  
 Vueltos al cielo los ojos,  
 Esta ferviente oracion:  
 A aquel que siendo dichoso  
 Dé al desgraciado consuelo,  
 Dale, Señor, desde el Cielo  
 Tu paternal bendicion.

Y haz tú que el hombre redima  
De la mujer la existencia,  
Siendo para ella la ciencia  
De su conciencia el fanal.  
Que del saber en la fuente  
Se robustezca su idea,  
Para que ella del bien sea  
Saludable manantial.

México, 1886.

